

1

Griessmühle

Llevo un rato siguiéndola y no sé qué hacer. La chica de la maleta verde pistacho camina despacio; creo que duda entre echar a correr o dejarme pasar. No hace ninguna de las dos cosas. Debe de estar preguntándose qué pasará si se detiene y yo también me detengo. Si echa a correr y yo corro detrás de ella. Es algo que no quiere comprobar, imagino. Las calles están vacías a esta hora; apenas pasa algún coche con la calefacción a tope y las ventanas a cal y canto. Aquí no hay tiendas de kebabs ni *spätis* en los que guarecerse. Guarecerse de mí. Como si fuera una tormenta. Como si fuera peligroso.

Lo que hace es seguir caminando al mismo ritmo. Las ruedas de su maleta color verde pistacho arañan la acera. No sé adónde va. Lo que sí sé es que llevo un rato siguiéndola. Y no sé qué hacer.

Hace poco más de una hora, yo estaba tirado en la cama de Nina y contemplaba cómo se ponía las bragas, el chándal, una camiseta con lentejuelas con la cara de Lady Gaga, zapatillas rosa sobre unos calcetines que ni siquiera había llegado a quitarse.

—¿Te gusta Lana del Rey? —le he preguntado de sopetón.

—No —ha dicho Nina.

No hay nadie más en la calle. La ciudad ya está sumida en la noche eterna de finales de octubre. Cambiaron la hora hace una semana y ahora anochece alrededor de las cuatro y media. Nos esperan meses de oscuridad. La chica finge mirar un escaparate, pero capto que su ojo culebrea en mi dirección; comprueba si todavía camino detrás de ella. Me ve, y su cuello da un latigazo en la dirección opuesta. Los árboles en la acera han perdido ya sus hojas. Sobre nosotros se cruzan ramas muertas.

—He visto en un cartel que da un concierto aquí —le he dicho a Nina—. Si quieres, vamos.

—Te he dicho que no me gusta, Kocaj. ¿Me estás escuchando?

Me he levantado de golpe y me he vestido con cuidado de no pisar el condón atado que descansaba en el suelo. He tardado un rato en encontrar mi cartera. En algún momento, una patada la ha mandado debajo del escritorio. Tengo que acostumbrarme a dejarla junto a la pistola.

La chica de la maleta color verde pistacho aprieta el paso. Podría cambiarme de acera. Podría incluso detenerme y ya está. Esperar a que se aleje. Pero no lo hago. Sigo, al mismo paso que ella. Me da un poco de rabia. Ella no tiene la culpa de sentirse amenazada, pero yo tampoco. Solo estoy caminando. Detrás de ella. A escasos metros. Desde hace una hora. Podría incluso sacar el móvil y llamar a Jana, o a Suly, hablar de fútbol en voz bien alta, para que se dé cuenta de que solo soy una persona normal. Pero no lo hago.

Nina se ha enfurruñado porque me he ido pronto.

—¿No íbamos a ver una peli, Kocaj?

—Otro día. Tengo que estar en casa a las siete.

—Vete a la mierda.

Le he ido a dar un beso, pero me ha vuelto la cara. Se lo he acabado dando en el *kanji* que lleva tatuado en el cuello. Por la ventana he visto que la noche ha llegado hace rato. He metido la pistola y la cartera en la bolsa de deporte.

—Kocaj —me ha dicho Nina cuando ya iba a abrir la puerta de su piso—. He pensado que no deberíamos vernos más.

He apartado la mano del picaporte.

—¿Por qué?

Se ha encogido de hombros.

—Porque no quiero.

—¿Estás enfadada?

—No. Es que no me apetece.

Han pasado unos segundos. He vuelto a poner la mano en el picaporte. He abierto la puerta.

—Como quieras.

—Que te follen, Kocaj.

He salido del apartamento de Nina. Y he cerrado con suavidad.

De noche, en el barrio de Neukölln, a solas, en mitad de este frío y de esta oscuridad, nadie que te venga siguiendo desde hace rato es una persona normal. Y yo no tengo un aspecto tranquilizador. Un tío alto, lampiño, pelo rubiasco rapado al dos, pálido y con marcados rasgos eslavos. Debo de parecer un mafioso, y eso en un buen día. En uno malo parezco el primo de Drácula. Debería cambiarme de acera, de verdad. Pero no lo hago. Yo no estoy haciendo nada.

Nina vive en el norte, en esa parte difusa que los barrios de Wedding y Mitte reclaman para sí según la ocasión. Al bajar las escaleras de la estación de Gesundbrunnen he visto que la circular estaba cortada. Lamentamos las molestias, ha habido un accidente en la parada de Treptower Park. El servicio se reanudará lo antes posible.

—Perdona.

Eso me han dicho.

—Perdona, ¿hablas inglés?

Y me he vuelto hacia ella. No he podido evitar mirarla de arriba abajo. Una chica menuda, mal abrigada para el otoño berlinés, con un vestido de lino, leotardos y una fina chaqueta de lana. Pelo muy negro y corto; el lateral izquierdo rapado. Se ha dado cuenta de que le clavaba la mirada. Debe de haberse arrepentido al instante de haberme hablado.

—Sí.

—El metro no funciona, ¿verdad? —Acento extranjero. Francesa, española, algo así. He negado con la cabeza—. ¿Sabes cómo se va a Sonennallee?

—Sí. —He señalado al otro lado de la estación—. Bajas por esa salida. Pillas la línea U8 en dirección a Hermannstraße y te bajas en la parada de Hermannplatz. Ahí empieza la avenida Sonnennallee. Depende de a qué altura vayas, a lo mejor te conviene cambiar al bus M41. ¿Adónde vas exactamente?

Error. Ha echado todo el cuerpo hacia atrás.

—Con eso me vale, gracias.

—Claro. Que pases buena noche.

Ha echado a andar con su maleta color pistacho. Yo he soltado todo el aire por la nariz. Luego he empezado a caminar en su misma dirección. No se ha dado cuenta de que iba detrás de ella hasta que se ha subido al U8. He subido también y me he sentado en la parte de atrás del vagón. Al cruzarme con ella me ha sonreído, pero ha sido la sonrisa embalsamada que le ofreces a un mendigo cuando te falta el cambio o las ganas de darlo. He mirado por la ventana todo el trayecto. Mentiría si dijese que no me he fijado en su reflejo en el cristal un par de veces. Las suficientes para que me haya pillado.

Luego ha venido lo peor. Para ella.

Se ha bajado en Hermannplatz. Yo también me he bajado. Ha cambiado al autobús M41. Yo he subido al mismo autobús. Se ha bajado en Marestraße. Yo también. Ha recorrido la Marestraße hasta el cruce con la Schudomastraße. Ahí ha girado a la derecha. Yo he girado a la derecha en ese cruce. Debe de hacer unos cuarenta minutos que me preguntó cómo se llegaba a Sonnenallee, unos cuarenta minutos desde que yo le pregunté adónde iba exactamente y se le encendieron las alarmas.

Qué silenciosa está la calle.

Lo único que se oye son las ruedas de su maleta verde pistacho al rozar contra el suelo. A estas alturas, su nerviosismo es eléctrico. Cada pocos pasos, mira hacia atrás, ya sin disimulo. Y me ve a menos de veinte metros, en la misma acera. Debería cambiarme. No lo hago.

La chica de la maleta verde pistacho recorre la Schudomastraße hasta llegar a la Böhmische Platz, una placita fea y pequeña con dos mesas de pimpón en el centro. Pasa por delante de la farmacia que hace esquina, atraviesa la plaza y se interna en la Niemetzstraße. Para entonces ya casi está corriendo.

Se detiene en el número 14. Y yo también.

Es ahora cuando explota.

Se vuelve hacia mí de sopetón. Sostiene algo en la mano.

—No te acerques más, hijo de puta —me dice en un inglés aprendido en las películas.

Un spray de pimienta, claro.

Levanto las manos.

—No quiero hacerte nada.

—Te he dicho que no te acerques.

—No me he movido.

—Lárgate de aquí o llamo a la policía.

Aprieto los labios. Pero no me muevo.

—¡Que te largues!

Su grito resuena en la calle vacía. Algunas ventanas se encienden. La Niemetzstraße es una calle de turcos y polacos, familias obreras que se hartan de trabajar en la construcción y en la hostelería y que quieren que los dejen tranquilos por la noche. Lo sé porque me he criado en ella.

—Verás, no va a ser posible.

—¿Qué? —Ahora sí, le tiembla la voz, y me doy cuenta de que soy gilipollas. Qué fácil habría sido cambiarme de acera. Qué fácil detenerme o fingir que hablo por el móvil. Qué fácil habría sido no aterrorizar a esta chica todo el trayecto. Y qué fácil ha sido aterrorizarla.

—Digo que no me puedo largar a ningún sitio. Vivo aquí.

La incomprensión descoloca sus rasgos. Tiene la nariz puntiaguda, con un *piercing* en la aleta derecha, ojos grandes, labios finos. Yo agito una de las manos que he extendido en señal de paz. Las llaves del piso cuelgan de mi pulgar y tintinean con ese ruido antipático que hacen las campanillas abolladas.

—Voy a llamar a la policía —insiste.

—Ya, en cuanto a eso...

Me interrumpe un sonido que conozco de sobra. Llevo años oyéndolo. Es el ruido que hace mi portal al abrirse. Jana sale del edificio. Jana, rubia y enjuta. Jana, cara de funeral. Jana, nudillos blancos. Jana encabronada.

No me molesto en mirar la hora. Jana se queda parada entre nosotros dos. La chica de la maleta verde pistacho, espray en mano, y yo, brazos extendidos y manos abiertas como si me estuviera atracando.

—¿Qué pasa, Lukas? —pregunta el vaho que sale de los labios crispados de Jana—. ¿Haciendo el imbécil con una de tus amiguitas? ¿A esto os dedicáis ahora los policías?

—Iba a subir ahora mismo —le digo—. La circular se ha jodido en Gesundbrunnen.

—¿Y qué hacías en Gesundbrunnen? —Sílabas crujientes—. ¿Cómo es que no estabas en la comisaría?

Ouch. Golpe bajo.

—Hoy terminaba el turno antes y he ido a hacer unas cosas.

—Unas cosas. —Sus ojillos cansados cachean a la chica de la maleta verde pistacho de arriba abajo, como hicieron los míos hace una hora en la otra punta de la ciudad.

—En serio, Jana, perdona.

—Yo también tengo vida, ¿sabes?

—¿Este tío vive aquí? —interviene la chica.

Jana ignora a la chica de la maleta verde pistacho como quien ignora un claxon dos calles más abajo.

—Le he dejado la cena preparada —me dice—. Tú te encargas de dársela. O no, tú verás, si tienes cosas mejores que hacer. Yo me voy, que he cumplido mi horario hace un rato.

—Vale. —Me rindo—. Gracias por esperar. Y perdona.

—Algún día te lo encontrarás solo, y ya veremos si hay alguna desgracia. Parece que de otro modo no vas a aprender.

Jana pasa entre nosotros y va hasta un Ford aparcado a tiro de piedra. Carga con la bolsa donde lleva sus enseres y la cena de sus hijos, que ha preparado en mi casa mientras yo estaba fuera. Me ofrecería a ayudarla, pero sé que es muy capaz de darme una paliza en medio de la Niemetzstraße.

—Ya veremos si mañana puedo estar a mi hora —capto al vuelo. Me gustaría decirle algo más, volver a disculparme, qué sé

yo, pero no digo nada. Mañana se le habrá pasado. Por la cuenta que me trae.

El Ford arranca y se aleja con un chirrido en el que reverbera el cabreo de su dueña. Yo me vuelvo hacia la chica. Me mira, muy callada.

—Perdona si te he asustado —le digo. No responde—. ¿Vienes de visita?

Nada. Una mirada de medusa lo dice todo por ella. Pues vale. Bastante me está esperando en casa como para preocuparme por caerle mal a una imbécil que me ha tomado por un violador solo por caminar por la calle. Abro el portal con mi llave, entro y dejo que se le cierre en las narices. Yo también puedo ser antipático cuando quiero. Es el derecho divino que nos ha sido otorgado a los berlineses.

Suelto todo el aire por la nariz.

Debería haberme cambiado de acera.

Tintineo de llaves. La puerta del apartamento se abre. Un abanico invisible me echa en la cara aire con olor a amoníaco, a heces, a medicinas. En menos de un minuto me habré acostumbrado. Dejo la bolsa de deporte en el suelo; aterriza en el parqué como si estuviera llena de cuerpos de gatitos.

No tengo la más mínima gana de hacer esto. Miro el reloj; las siete y veinte. Será cabrona. Por veinte minutos de nada. Ya, ya sé que llego tarde, pero no se puede largar así como así y dejarlo solo.

Aunque claro que puede, vaya si puede. Y no solo es que pueda, sino que quiere. No ve la hora de perderlo de vista, se agarra al límite del horario con uñas y dientes. Me la imagino sentada a su lado sin hablar, sin contestarle siquiera, de brazos cruzados, quizá con algún escupitajo o baba o vómito manchándole la blusa, y la vista clavada en el reloj. Esperando a que la manecilla anuncie de una vez que puede largarse, haya llegado yo o no. Al fin y al cabo, qué puede pasar en veinte minutos. Nada.